



## II

### NIDO PARA BUHO Y CAL NDRIA

Delante de esta casucha Gorbeau fué donde se detuvo Juan Valjean. Como las aves nocturnas, habia escogido el aquel lugar desierto para hacer su nido.

Metió la mano en el bolsillo del chaleco y sacó un llave; abrió la puerta, entró, despues la volvió á cerrar con cuidado, y subió la escalera, conduciendo siempre á Coseta.

En lo alto de la escalera, sacó del bolsillo una segunda llave, con la cual abrió otra puerta. El cuarto donde entró, y en el cual se encerró en seguida, era una especie de zaquizami bastante espacioso, amueblado con un colchon, tendido en el suelo, una mesa, y algunas sillas. En un rincon habia una estufa encendida, cuyas brasas se veian. El farol del boulevard alumbraba débilmente esta pobre habitacion. En el fondo habia un gabinete con un

catre de tijera. Juan Valjean llevó la niña á aquella cama y la acostó sin que despertara.

En seguida tomó un fósforo y encendió una vela; todo esto se hallaba preparado anticipadamente sobre la mesa. Como lo habia hecho la víspera, se puso á considerar á Coseta con una mirada llena de éxtasis, cuya expresion de bondad y de ternura rayaba casi en el delirio. La niña, con esa confianza tranquila que sólo pertenece á la fuerza extrema y á la extrema debilidad, se habia dormido sin saber con quién se hallaba y seguia durmiendo sin saber dónde estaba.

Juan Valjean se inclinó y besó la mano de aquella niña.

Nueve meses ántes besaba la mano de la madre que tambien acababa de dormirse.

El mismo sentimiento doloroso, religioso, punzante, le henchia el corazon.

Arrodillóse junto al lecho de Coseta.

Ya era de dia muy claro, y aún dormia la niña. Un pálido rayo del sol de Diciembre penetraba por la ventana de aquel desvan, y dibujaba en el techo largos filamentos de sombra y de luz. De repente, un carro de piedras, que con pesada carga atravesaba la calzada del boulevard, hizo retemblar la barraca como el redoble del trueno, conmoviéndose toda ella de alto á bajo.

— ¡Sí, señora! ¡sí, ya voy! ¡ya voy! gritó Coseta despertando sobresaltada.

Y saltó de la cama, con los ojos medio cerrados aún por la pesantez del sueño, extendiendo los brazos hácia el rincon de la pared.

— ¡Ay! Jesus! la escoba! dijo

Entónces acabó de abrir los ojos, y vió á Juan Valjean que se reia.

— ¡Ah! es verdad! dijo la niña. Buenos dias, señor.



Los niños aceptan en seguida, familiarmente, la dicha y la alegría, siendo ellos mismos alegría y dicha.

Coseta percibió á Catalina á los piés de la cama, la cogió, y sin dejar de jugar, dirigia cien preguntas á Juan Valjean. — ¿Dónde se hallaba? ¿Si París era muy grande? ¿Si la señora Thénardier estaba bien lejos? ¿Si no vendria nunca por allí? etc., etc.

De repente exclamó : — ¡ Qué bonito es esto !

Era una horrible covacha; pero se sentia libre en ella.

— ¿ Quiere usted que barra? dijo por fin.

— Juega, respondió Juan Valjean.

Así pasó el día. Coseta, sin inquietarse por no comprender nada de cuanto la sucedia, era imponderablemente dichosa entre aquella muñeca y aquel buen hombre.

### III

#### DOS DESGRACIAS SE JUNTAN Y FORMAN LA DICHA

Al amanecer del día siguiente, Juan Valjean se hallaba también junto al lecho de Coseta. Inmóvil, esperó allí mirándola, para verla despertar.

Algo nuevo habia penetrado en su alma.

Juan Valjean no habia amado nunca. Desde la edad de veinte y cinco años se hallaba solo en el mundo. Jamas habia sido padre ni amante, ni marido ni amigo. En el presidio, era él malo, sombrío, casto, ignorante y huraño. El corazón de aquel viejo galeote estaba lleno de virginidades. Su hermana y los hijos de esta no le habian dejado sino un recuerdo vago y lejano, que concluyó por desvanecerse casi enteramente. Habia hecho todos los esfuerzos posibles para volverlos á encontrar, y no habiendo podido hallarlos, los habia olvidado. La naturaleza humana obra de esta suerte. Las otras emociones



tiernas de su juventud, si es que las había él tenido alguna vez, habían caído en el abismo.

Cuando vió á Coseta, cuando la hubo recogido, liberado y conducido, sintió removersé sus entrañas. Todo cuanto podía existir en su naturaleza, de apasionado y de afectuoso, se despertó y se precipitó hácia aquella niña. Instalábase junto á la cama donde ella estaba durmiendo, y allí temblaba de alegría, experimentaba cierta opresion, cierto dolor interior, mezclado de gozo, semejante al que experimenta una madre, y no sabía lo que era aquello; pues es cosa muy oscura y muy dulce ese grande y extraño movimiento de un corazon que principia á amar.

¡ Pobre corazon, tan viejo, y enteramente nuevo !

Sólo que, como él tenía cincuenta y cinco años, y Coseta tenía ocho, todo cuanto amor habria él podido atesorar en toda su vida se fundió en una especie de resplandor inefable.

Era esta la segunda aparicion blanca y pura que él encontraba. El obispo hizo levantar en su horizonte la aurora de la virtud; Coseta hacia ahora levantar en él la aurora del amor.

En este estado de deslumbramiento transcurrieron los primeros dias.

Tambien Coseta, á su vez, sin darse cuenta de ello, la pobre criaturita sufría una completa transformacion. Era tan pequeña cuando su madre la dejó, que no la quedaba de ella ninguna memoria. Como todos los niños, semejantes á los tiernos vástagos de la vid, que se adhieren á cualquier objeto, ella habia tratado de amar; pero no habia podido conseguirlo. Todos la habian rechazado, los Thénardier, sus hijos, otros niños, todo el mundo. Habia tomado cariño al perro, pero el perro murió; despues, nada ni nadie habia querido su amor. Cosa lúgubre, que entristece el decirla, y que ya hemos indicado: á la edad

de ocho años, tenía el corazon frio. No era suya la culpa, no era la facultad de amar lo que la faltaba; era la posibilidad. Así que, desde el primer dia, todo cuanto sentía y soñaba en ella se puso á amar á aquel buen hombre, Experimentaba lo que no habia ella resentido jamas, esa sensacion que es propia de la grande expansion del alma.

El buen hombre no se le representaba ya como un viejo, ni como un pobre. Hallaba á Juan Valjean hermoso, á la manera que hallaba bonito aquel miserable y horrible desvan.

Tales son los efectos de la aurora de la infancia, de la juventud, de la alegría. La novedad de la tierra y de la vida entra por algo en esto. Nada es tan bello como el reflejo colorante de la dicha sobre un granero. Todos nosotros tenemos así en nuestra vida pasada un desvan azul.

La naturaleza, cincuenta años de intervalo, habian puesto una separacion profunda entre Juan Valjean y Coseta; mas esta separacion la colmó el destino. El destino unió bruscamente y desposó con su irresistible poder aquellas dos existencias desarraigadas, diversas por la edad, semejantes por el luto del alma. En efecto, la una completaba á la otra. El instinto de Coseta buscaba un padre, como el instinto de Juan Valjean buscaba un hijo. Unirse, fué en ellos la consecuencia necesaria. En el instante misterioso en que sus dos manos se tocaron, se soldaron. Cuando se apercibieron aquellas dos almas, reconocieronse como una reciproca necesidad, y se abrazaron estrechamente.

Tomando las palabras en su sentido más comprensivo y más absoluto, podria decirse que, separados de todo por las paredes de la tumba, Juan Valjean era el Viudo como Coseta era la Huérfana. Esta situacion hizo que Juan Valjean se convirtiera, de un modo celestial, en el padre de Coseta.



Y, á la verdad, la misteriosa impresion producida en el ánimo de la niña cuando en el bosque de Chelles la mano de Juan Valjean tocó en la oscuridad á la suya, no era una ilusion sino una realidad. La intervencion de aquel hombre en el destino de aquella criatura era la aparicion de Dios.

Por lo demas, Juan Valjean habia elegido bien su asilo; hallándose allí en una seguridad que podia parecer completa.

El cuarto con gabinete que él ocupaba en compañía de Coseta era aquel cuya ventana daba al boulevard. Siendo única en la casa aquella ventana, no habia que temer ninguna mirada de la vecindad, ni de los lados ni de enfrente.

El piso bajo del número 50-52, especie de gran cobertizo deteriorado, servia de caballeriza y para depositar los carros de los hortelanos, y no tenia ninguna comunicacion con el piso alto, del cual se hallaba separado por el techo, donde no habia trampa ninguna ni escalera, siendo como el diafragma de la casucha. El primer piso contenia, segun hemos dicho ya, varios cuartos y algunos graneros. Sólo uno de estos estaba ocupado por una anciana que arreglaba la vivienda y prestaba asistencia á Juan Valjean. Todos los demas se hallaban inhabitados.

Esta anciana, adornada con el nombre de la *inquilina principal*, y en realidad, encargada de las funciones de portera, era la que le habia alquilado aquel cuarto el dia de Navidad. Habíase presentado á ella como un rentero arruinado por los bonos de España, que iba á venir á fijarse allí con su niña. Habia pagado seis meses adelantados, y encargado á la vieja que amueblase el cuarto y el gabinete como se ha visto. Esta buena mujer era la que habia encendido la estufa y preparado todo la noche de su llegada.

Sucedíanse así las semanas. Estos dos seres pasaban en

Juan Valjean retrocedió.

El sitio de París en donde se hallaba Juan Valjean, comprendido entre el arrabal de San Antonio y la Râpée, es uno de los que han transformado completamente las recientes obras, de transfiguracion segun unos, de afeamiento segun otros. Las huertas, los depósitos de leña y de maderas, y los viejos edificios han desaparecido: habiendo sido reemplazados por grandes calles enteramente nuevas, por arenas, circos, hipodromos, embarcaderos de ferrocarriles, una cárcel tambien, Mazas; el progreso, segun se ve, con su correctivo.

Hace medio siglo, en esa lengua usual del pueblo, compuesta toda ella de tradiciones, que se obstina en llamar *las Cuatro-Naciones* al Instituto y *Feydeau* á la Opera-Cómica, el lugar adonde precisamente habia llegado Juan Valjean se llamaba el *Petit-Picpus*. La puerta de Santiago, la puerta de París, la barrera de los Sargentos, los Porcherons, la Galiote, los Celestinos, los Capuchinos, el Mail, la Bourbe, el Árbol de Cracovia, la Petite-Pologne, el Petit-Picpus, son nombres del antiguo París, que sobrenadan en el nuevo. La memoria del pueblo flota sobre esos abandonados restos del tiempo pasado.

El Petit-Picpus que, por lo demas, apenas ha existido, no habiendo sido nunca sino un mero bosquejo de barrio, tenia casi el aspecto monacal de una ciudad española. Los caminos se hallaban poco empedrados y las calles con muy escasos edificios. Excepto las dos ó tres calles de que vamos á hablar, todo era allí tapias y soledad. Ni una sola tienda, ni un carruaje; apenas si se distinguía por las ventanas alguna vela de sebo encendida á grandes intervalos, despues de las diez, todo quedaba sumido en la oscuridad. Jardines, conventos, almacenes de leña y de maderas, marjales; raras casas, muy bajas y largas tapias tan altas como las casas.



Tal era aquel barrio en el siglo anterior. La revolucion le habia ya maltratado bastante. La edilidad republicana le habia perforado, agujerado y demolido. Varios depósitos de escombros se establecieron en aquellos parajes. Treinta años há, desaparecia aquel barrio bajo la accion de las nuevas construcciones. Hoy queda ya borrado enteramente.

El Petit-Picpus, del cual no conserva el menor vestigio ninguno de los planos actuales, se halla indicado con bastante claridad en el plano de 1727, publicado en Paris por Denis Thierry, calle de Saint-Jacques frente á la calle del Plâtre, y en Lyon por Juan Giries, calle Mercière, en la *Prudence*. Tenia el Petit-Picpus lo que acabamos de llamar una Y de calles, formada por la calle des Chemin-Vert-Saint-Antoine bifurcándose en dos ramales, y tomando, á la izquierda, el nombre de calle de Picpus y, á la derecha, el nombre de calle Polonceau. Los dos brazos de la Y estaban reunidos en su extremidad por medio de una barra. Esta barra se llamaba la calle Droit-Mur. En esta calle terminaba la de Polonceau; la calle de Picpus pasaba adelante, subiendo hácia el mercado Lenoir. Todo el que, viniendo del Sena, llegaba á la extremidad de la calle Polonceau, tenia á su izquierda la calle Droit-Mur, que giraba bruscamente en ángulo recto, delante de él la tapia de aquella calle, y á su derecha, una prolongacion truncada de la calle Droit-Mur, sin salida, llamada el cul-de-sac Genrot.

Allí era donde se hallaba Juan Valjean.

Segun acabamos de ver, al distinguir la sombra negra que se habia apostado de centinela ó vigía en la esquina de la calle Droit-Mur y de la calle Picpus, retrocedió. No cabia la menor duda. Aquel fantasma le acechaba.

¿ Qué hacer?

Ya no era tiempo de volverse atras. Lo que él habia visto removerse en la sombra, á alguna distancia detras

de él, momentos ántes, era indudablemente Javert con su escuadra; y áun era probable que Javert se hallase al principio de la calle en cuyo extremo se encontraba Juan Valjean. Segun todas las apariencias Javert, conocia aquel pequeño dédalo y habia tomado sus precauciones enviando á uno de sus hombres para que guardase la salida. Estas conjeturas, tan parecidas á la evidencia, remolináronse en seguida, como un puñado de polvo que de súbito arrastra el viento, en el atormentado cerebro de Juan Valjean. Examinó el callejon sin salida, el cul-de-sac Genrot, y vió allí una barrera impenetrable. Miró á la pequeña calle de Picpus, y se halló con una centinela. Distinguia él bien aquella figura sombría que se destacaba en negro sobre el blanco suelo inundado de luna. Avanzar, era caer en manos de aquel hombre. Recular, era arrojar en los brazos de Javert. Juan Valjean se sentia como cogido en una red que se iba estrechando poco á poco y cada vez más. Dirigió la vista al cielo con desesperacion



#### IV

##### EL TANTEO DE LA EVASION

Para comprender lo que ahora sigue, es menester figurarse de una manera exacta la callejuela Droit-Mur, y particularmente, la esquina que se dejaba á la izquierda, al salir de la calle Polonceau para entrar en aquella calleja. La callejuela Droit-Mur estaba casi enteramente orillada á la derecha, hasta la calle Picpus, por casas de mezquina apariencia; á la izquierda, por un solo edificio de aspecto severo, compuesto de varios cuerpos habitables que iban elevándose gradualmente, en uno ó dos pisos, á proporcion que se acercaban á la pequeña calle de Picpus; de modo que aquel edificio, muy elevado por el lado de esta calle de Picpus, era bastante bajo por el lado de la calle Polonceau. Allí, en la esquina de que hemos hecho mérito, habia en términos que ya no habia sino una simple pared. Esta pared no iba á terminar perpendicularmente

en la calle; sino que formaba una escuadra muy entrante, oculta por sus dos ángulos salientes, ó esquinas, á dos observadores que se hubieran hallado el uno en la calle Polonceau y el otro en la calle Droit-Mur.

Á partir de las dos esquinas de aquella escuadra, la pared se prolongaba en la calle Polonceau hasta una casa que tenia el n.º 49, y en la calle Droit-Mur, donde su trozo era mucho más corto, hasta el edificio sombrío de que hemos hablado, y cuya punta cortaba, formando en la calle un nuevo ángulo entrante. Aquella fachada, terminando así en punta, era de un aspecto triste; no se veía allí sino una sola ventana, ó por mejor decir, dos hojas de ventana recubiertas con una lámina de zinc y siempre cerradas.

La descripción que acabamos de dar de estos parajes es de una rigurosa exactitud, y despertará sin duda un recuerdo muy preciso en el ánimo de los antiguos habitantes del barrio.

La escuadra se hallaba enteramente llena de una cosa que parecia ser una puerta colosal y miserable. Era un vasto é informe conjunto de tablas perpendiculares, las de arriba más anchas que las de abajo, ligadas por largas barretas de hierro transverales. Al lado habia una puerta cochera de dimension ordinaria, y cuya construcción no remontaba evidentemente á más allá de unos cincuenta años.

Un tilo mostraba sus ramas por encima de la escuadra, y la pared se hallaba cubierta de hiedra por el lado de la calle Polonceau.

En el inminente peligro en que se hallaba Juan Valjean, aquel edificio sombrío tenía algo de solitario y de inhabitado que no dejaba de darle tentaciones. Recorrióle velozmente con la vista; diciendo para sí que si lograba penetrar en él, tal vez se habria salvado. Desde luego tuvo una idea, y juntamente con la idea, una esperanza.



En la parte média de la delantera de aquel edificio, en la calle Droit-Mur, habia en todas las ventanas de los diferentes pisos unos viejos canelones-embudos de plomo. Las diversas ramificaciones de los conductos que iban, desde uno central, á terminar en todos aquellos embudos, dibujaban en la fachada una especie de árbol. Aquellos ramales de tubos, con sus cien recodos, imitaban á esas viejas parras, cuando están despojadas de hoja, que se tuercen en las fachadas de las antiguas casas de campo.

Aquel raro espaldar con ramas de plomo y de hierro, fué el primer objeto que chocó á Juan Valjean. Sentó á Coseta de espaldas contra un guardacanton, recomendándole el silencio, y corrió al sitio donde el conducto venía á tocar al suelo. Quizás habria medio de escalar por allí y penetrar en aquella casa. Pero el conducto estaba deteriorado, inservible, sosteniéndose apenas por sus soldaduras. Además, todas las ventanas de aquella silenciosa morada estaban enrejadas con espesas barras de hierro, hasta las boardillas del tejado. Y después, la luna alumbraba de lleno aquella fachada, y el hombre que le observaba desde el extremo de la calle habria visto á Juan Valjean practicar aquella escalada. Pero, ¿y qué hacer de Coseta? ¿Cómo izarla y encaramarla á lo alto de una casa de tres pisos?

Renunció, pues, á trepar por el conducto y se deslizó á lo largo de la pared para volver á entrar en la calle Ponlonceau.

Cuando se halló en la escuadra donde habia dejado á Coseta, observó que allí no podia verle nadie. Como acabamos de explicarlo, escapaba á todas las miradas, de cualquier lado que vinieran. Además, se hallaba en la sombra. Por último, habia allí dos puertas; tal vez podria forzar alguna. La pared por cima de la cual veia el tilo y la hiedra daba sin la menor duda á un jardín, donde podria á lo ménos ocultarse, aunque todavia no tenían

hoja los árboles, y pasar el resto de la noche.

El tiempo transcurria, y era menester obrar de prisa.

Tanteó la puerta cochera y reconoció en seguida que se hallaba condenada por fuera y por dentro.

Acercóse á la otra grande puerta con mayor confianza.

Era esta puerta horriblemente decrepita; su misma inmensidad la hacia ménos sólida; las tablas estaban podridas; tres únicas ligaduras de hierro que las sujetaban estaban enteramente carcomidas de herrumbre. Parecia pues muy posible penetrar por aquella puerta destrozada, forzándola.

Pero examinándola de cerca, vió que aquella puerta no era una puerta; que ni tenia pernios, ni goznes, ni cerradura, ni hendidura ninguna en medio. Los listones de hierro la atravesaban de una parte á otra sin solucion de continuidad. Por las rendijas de las tablas, distinguió él unos morrillos y piedras groseramente unidas que los transeuntes podian ver aún allí hace diez años. Vióse, pues, forzado á persuadirse, en la mayor consternacion, de que aquella apariencia de puerta era buenamente un simple paramento de madera del edificio en el cual se hallaba respaldada. Era fácil arrancar una tabla, pero sólo se encontraba detras de ella una pared.



Al paso al cual iban andando, y con las estaciones que hacían, bien necesitaban como un cuarto de hora para llegar al sitio donde se hallaba Juan Valjean. Fué este un momento horrible. Sólo algunos minutos separaban á Juan Valjean de aquel espantoso precipicio que por tercera vez se abría ante sus ojos. Y el presidio ahora para él no era solamente el presidio; era Coseta perdida para siempre; es decir, una vida que se asemejaba al interior de una tumba.

Ya no quedaba sino una sola cosa posible.

Tenía Juan Valjean esto de particular, que podía decirse de él que llevaba dos alforjas consigo: en una tenía los pensamientos de un santo, y en la otra los talentos temibles de un galeote; recurriendo á la una ó á la otra, según las ocasiones.

Entre otros recursos, merced á sus numerosas evasiones del presidio de Tolon, sabemos ya que era él muy maestro en el arte increíble de elevarse, sin escalas, sin garfios, por la sola fuerza de sus músculos, apoyándose con la nuca, con los hombros, con las caderas y con las rodillas, ayudándose apenas de los raros relieves de las piedras, en el ángulo recto de una pared, si era necesario, hasta la altura de un sexto piso; arte que hizo tan espantoso y tan célebre el rincón del patio de la Conserjería de París por donde se escapó, hace unos veinte años, el condenado Battemolle.

Midió Juan Valjean con la vista la pared sobre cuyo caballete se dejaba ver el tilo, la cual tenía como unos diez y ocho piés de alto. El rincón que ella formaba con la fachada de la casa estaba relleno con un sólido hecho de mampostería, de forma triangular, destinado probablemente á preservar aquel ángulo, demasiado cómodo, contra esos estercoladores que se llaman los transeúntes. Este relleno preventivo de los rincones de pared es bastante frecuente en París.

## V

## QUE SERÍA IMPOSIBLE CON EL ALUMBRADO DE GAS

Un ruido sordo y acompasado empezó á hacerse oír en este momento, á cierta distancia. Juan Valjean arriesgó un poco su mirada fuera de la esquina. Siete ú ocho soldados dispuestos en peloton acababan de desembocar en la calle Polonceau. Veía brillar las bayonetas que venían hácia él.

Aquellos soldados, á cuya cabeza distinguía bien la elevada talla de Javert, avanzaban lentamente y con cautela, deteniéndose á menudo. Era cosa clara que exploraban todos los rincones y escondrijos de las paredes, todas las embrazaduras y troneras de las puertas y de las avenidas.

Era alguna patrulla que Javert había encontrado y cuyo auxilio había requerido: en esta conjetura no podía el negañarse.

Entre sus filas marchaban los dos acólitos de Javert.



El de que aquí hablamos tenía unos cinco piés de elevación. Desde la cima de aquel sólido triangular, sólo quedaba un espacio de catorce piés para llegar á lo alto de la pared.

Hallábase esta coronada de una piedra plana, sin solera.

La dificultad estaba en Coseta. Claro es que la niña no sabía escalar una pared. ¿Abandonarla? Juan Valjean no pensaba en tal cosa. Llevársela, era imposible. Todas las fuerzas de un hombre le son necesarias para llevar á cabo esas ascensiones tan difíciles como penosas y arriesgadas. La menor carga haría desviar su centro de gravedad y le precipitaria.

Habría sido menester una cuerda, y Juan Valjean no tenía ninguna. ¿Dónde hallar una cuerda, á media noche, y en la calle Polonceau? Sin duda que, en aquel momento, si Juan Valjean hubiera tenido un reino, le habría dado de buena gana por una cuerda.

Todas las situaciones extremas tienen sus relámpagos, que tan pronto nos ciegan como nos iluminan.

Las miradas de Juan Valjean, llenas de desesperación, encontraron el hierro que servía de sosten al farol del callejon Genrot.

En aquella época no había aún alumbrado de gas en las calles de París. Al anoecer, se encendían los faroles, colocados de trecho en trecho, los cuales subían y bajaban por medio de una cuerda que atravesaba la calle de un lado á otro, y que se ajustaba en la muesca de un hierro clavado en la pared. El molinete en el cual se devanaba aquella cuerda, se hallaba asegurado y marcado debajo del farol, en un armario pequeño ó cajita de hierro cuya llave guardaba el encendedor, y aún la misma cuerda estaba protegida por un estuche de metal.

Juan Valjean, con la energía de una lucha suprema, **atravesó** la calle en dos saltos, entró en el callejon sui

salida, hizo saltar el pestillo de la caja de hierro con la punta de su cuchillo, y un instante despues, ya había vuelto adonde se hallaba Coseta, trayendo una cuerda.

Los que luchando con la fatalidad buscan así expedientes en las sombras van de prisa en su tarea.

Hemos dicho ya que aquella noche no se habían encendido los faroles. El del callejon Genrot estaba, pues, naturalmente apagado como todos los demas, y se podía muy bien pasar por donde él se hallaba sin notar siquiera que no estaba ya en su lugar.

Entre tanto, la hora, el sitio, la oscuridad, la preocupación de Juan Valjean, sus gestos singulares, sus idas y venidas, todo esto empezaba ya á inquietar á Coseta. Cualquier otro niño habría gritado mucho tiempo ántes. Ella se limitó á tirar de la falda de la levita á Juan Valjean. Oíase siempre y cada vez más distintamente el ruido de la patrulla que se acercaba.

— Padre, dijo la niña en voz muy baja, tengo miedo. ¿Qué es lo que viene por allí?

— ¡Chito!... respondió el desgraciado, es la Thénardier.

Coseta se estremeció, y él añadió:

— No digas nada. Déjame á mi obrar. Si gritas, si lloras, la Thénardier te oirá; viene en busca tuya.

En seguida, sin apresurarse, pero sin ejecutar dos veces un mismo movimiento, con una precisión breve y firme, tanto más notable en tan críticas circunstancias, cuanto que la patrulla y Javert podían aparecer de un momento á otro, se quitó su corbata, la pasó al rededor del cuerpo de Coseta, por bajo de los sobacos, cuidando de que no lastimara á la niña, ató á esta corbata una punta de la cuerda por medio de un nudo que las gentes de mar llaman nudo de golondrina, tomó la otra punta de la cuerda en sus dientes, se quitó los zapatos y las medias, que arrojó por encima de la pared, subió sobre el sólido de mampostería



que tapaba el rincón, y empezó á elevarse por este mismo ángulo, que formaban la pared del jardín y la de la fachada, con la misma seguridad y certidumbre que si hubiera tenido allí escalones abiertos en las paredes para apoyar sus talones y sus codos y trepar cómodamente. Medio minuto no había transcurrido cuando ya se hallaba él puesto de rodillas sobre la pared.

Considerábale Coseta con estupor, sin decir una palabra. La recomendación de Juan Valjean y el nombre de la Thénardier la habían helado.

De improviso oyó la voz de Juan Valjean que la decía, en un tono que bastaba apenas para que ella le oyese:

— Acércate de espaldas á la pared.

La niña obedeció.

— No digas ni una sola palabra, ni tengas miedo, añadió Juan Valjean.

Y se sintió ella levantar del suelo.

Antes que tuviera Coseta tiempo de recobrase, se hallaba ya en lo alto de la pared.

Juan Valjean la cogió; se la echó á la espalda, la tomó sus dos manitas con su mano izquierda, se echó él de bruces y se fué arrastrando por encima de la pared hasta llegar á la esquina. Como lo había él adivinado, había allí una construcción cuyo tejado partía de lo alto del recinto de madera y descendía hasta muy cerca del suelo, por un plano suavemente inclinado, rozando el tilo.

Feliz casualidad, pues la pared era mucho más alta por aquel lado que por el lado de la calle. Juan Valjean no distinguía el suelo debajo de él sino á una profundidad bastante grande.

Acababa él de tocar al plano inclinado del tejado y aún no había soltado el caballete de la pared, cuando cierto ruido de voces bastante violento anunció la llegada de

la patrulla á aquel sitio; haciéndose oír el bronco acento de Javert diciendo:

— ¡ Registrad el callejón sin salida! La calle Droit-Mur está guardada, la callecilla de Picpus también. ¡ Yo respondo de que se halla en este cul-de-sac!

Los soldados se precipitaron en el callejón Genrot.

Juan Valjean se dejó deslizar á lo largo del tejado, sosteniendo siempre bien á Coseta, llegó al tilo y saltó en tierra. Bien fuese por terror ó por valor, Coseta no había soltado el resuello siquiera. Sus manos se habían rozado y despellejado un poco.